

Música, cultura popular y capitalismo

Hace pocos meses, durante la campaña electoral de las elecciones municipales y autonómicas del 24 de mayo, se produjo una anécdota curiosa, cuando Podemos presentó como sintonía (hay quienes lo tomaron incluso como himno oficial) un tema compuesto e interpretado por los músicos catalanes Joe Crepúsculo y Daniel Granados/1. La propuesta no dejó indiferente a casi nadie, desde quienes la alabaron hasta quienes la detestaron. Incluso el secretario general del partido, Pablo Iglesias, fue preguntado por ella y reconoció que no le gustaba. Nos encontramos que en el seno de los nuevos movimientos y partidos no solo se evidencian diferencias estrictamente políticas e ideológicas, sino que también se producen este tipo de batallas estéticas.

Resulta interesante ver cómo dos músicos reconocidos dentro de la escena “indie” “se mojan” de esta manera por un partido político, algo que habría sido impensable hace pocos años. Junto a ellos otros como Nacho Vegas, Vetusta Morla, Lorena Álvarez... también han ido configurando un nuevo repertorio musical “afín a Podemos” o a los nuevos espacios de agregación política como las candidaturas municipalistas, pero que parece que no termina de gustar a mucha gente, no resulta suficientemente agregador en términos de construcción de una identidad colectiva, compartida.

Podemos ya había sido previamente objeto de polémica al respecto de las músicas utilizadas en sus actos públicos, los artistas a los que reivindicaban, las tonadillas que en público canturreaban líderes como Juan Carlos Monedero/2, Teresa Rodríguez y José María González ‘Kichi’/3 o Pablo Iglesias/4: Paco Ibáñez, Labordeta, Quilapayún, Mercedes Sosa, Javier Krahe, Lluís Llach, Carlos Cano, himnos de la Guerra Civil... sonaron en los primeros actos públicos de Podemos. Solo se escucharon algunas notas “discordantes” como las de Patti Smith... también una referente veterana. Un repertorio en general muy ligado al imaginario de una generación muy anterior (la de la Transición),

1/ Para escuchar la sintonía: <https://www.youtube.com/watch?v=YwFR-9n0PE0>.

2/ Juan Carlos Monedero cantando a Carlos Cano: <https://www.youtube.com/watch?v=dcIRhEhjH0o>.

3/ Teresa Rodríguez y José María González interpretan “La murga de los currelantes”: <https://www.youtube.com/watch?v=tuMESYfthlo>.

4/ Pablo Iglesias sube al escenario para acompañar a Javier Krahe cantando “Cuervo ingenuo”: <https://www.youtube.com/watch?v=GhuPOVHgneA>.

y a la “vieja izquierda” o a la “izquierda” sin más, de la que (supuestamente) el oficialismo de Podemos quiere huir. ¿O solo quiere huir de sus propuestas, de sus límites, pero no puede ni quiere huir de su imaginario? ¿Acaso porque es muy difícil construir otro?

En la era del pastiche cultural, cuando muchas fronteras se han desdibujado, parece difícil la emergencia de un nuevo movimiento cultural/estético que pueda aunar las voluntades, representar un espíritu (¿inter?)generacional, infundir conciencia de clase, construir pueblo, cada uno que elija su retórica. Sobre todo cuando nos percatamos de que en general, pero especialmente en el campo de la música popular, ya parece imposible la aparición de algo nuevo, lo que sea⁵. Cada nueva moda, alternativa o *mainstream*, no solo está condicionada (en modo positivo, por influencia, o negativo, por rechazo) por muchas de las cosas que se han hecho antes, puesto que ninguna creación es *ex nihilo*: es que toda “nueva” expresión musical cada vez recuerda más al pasado, incluso al pasado más reciente, dada la velocidad que parece adquirir la centrifugadora de las referencias estéticas. Cada vez las cosas envejecen más rápido y se convierten en compost para lo que viene después, de tal manera que el espacio de tiempo entre una cosa y su revival tiende a 0, encaminándose hacia un bucle temporal.

¿Es la creatividad algo así como un pozo de petróleo que ha agotado sus reservas? No lo creo. Pero quizá no sea aventurado afirmar que esta crisis creativa tiene mucho que ver con la crisis civilizatoria en la que nos hallamos inmersos. Quizá la próxima revolución cultural no vendrá de la música sino de otro campo, y lo más probable es que no venga del viejo mundo blanco y occidental sino que probablemente lo haga de las periferias globales.

La era de Internet en la que toda la producción cultural de la historia está disponible, a golpe de click, toda junta y a la vez, en crecimiento imparable, parece que ha colapsado nuestras memorias, las digitales y las biológicas. Ya no nos cabe una sola canción más, ni en el smartphone ni en la cabeza. Estamos anclados a la superposición acumulativa de los referentes culturales que han configurado nuestro camino hasta aquí, y nos encontramos perdidos sobre qué será lo siguiente, y lo presente. Casi todos los grandes movimientos culturales nacieron contra otro anterior; la fuerza de las nuevas generaciones, más vitales y numerosas, arremetían contra la de sus padres, ya que el crecimiento demográfico y el progreso del bienestar parecían imparables y dejaban atrás a las viejas generaciones. Hoy día el panorama es el contrario: la sociedad occidental es cada vez más vieja y lo viejo tiene cada día más peso simbólico. Los jóvenes de hoy son los verdaderos protagonistas del “No future” que los punks, visionarios, anticiparon. Quizá por eso a Pablo Iglesias lo que más le gusta es lo que le gustaba a sus padres.

Efectivamente parece que hay una dificultad contemporánea para la creación de

5/ Se recomienda leer el libro de Simon Reynolds *Retromanía. La adicción del pop a su propio pasado* (Caja Negra, Buenos Aires, 2012).

himnos colectivos/generacionales, pero quizá es que no nos hacen falta. Puede que nos relacionemos también con la música de un modo postidentitario. No sería en realidad una mala noticia.

Sin embargo en este **Plural** nos planteamos dar una muestra de cómo en diferentes épocas y contextos la producción y difusión de la música ha tenido una gran importancia en la construcción de identidades y movimientos políticos:

Jeanne Moisand nos transporta hasta el siglo XIX, momento clave para el modelo de distinción entre “alta cultura”, “cultura popular” y “cultura de masas” que ha acompañado al desarrollo del capitalismo en el seno de los distintos campos de institucionalización de la cultura. La autora nos recuerda cómo los cambios en la música, especialmente en el periodo/movimiento romántico, discurrieron de manera paralela a la formación del mercado cultural global, de procesos revolucionarios e involuciones políticas y/o sociales que fueron conformando la matriz de los patrones culturales y los imaginarios de la Europa contemporánea.

Rubén Caravaca, gestor cultural especializado en músicas populares contemporáneas, sigue el fino hilo que recorre una multiplicidad enorme de experiencias (contra)culturales, que han sido también políticas, hasta llegar al 15M y el contexto actual en el Estado español. De este modo, el autor intenta describirnos los procesos colectivos que han llevado hacia la posibilidad de un nuevo ecosistema cultural, que huya del modelo estatal como lo conocemos, subvenciones y ayudas sin más, y el mercantil puro y duro de las industrias del entretenimiento. Modelo basado en el compartir y no en el competir.

La activista feminista **María Bilbao** presenta algunas de las cuestiones que atraviesa el conflicto de género en la música pop, y cómo aún en el siglo XXI sigue siendo difícil que desde ciertos estamentos del *establishment* cultural (oficial o “alternativo”) se reconozca la importancia de esta tensión.

Joni D., protagonista y cronista de la escena punk barcelonesa de los 80, utiliza seis recuerdos de esa época para describir la importancia que tuvo la música punk en la configuración de una nueva subjetividad política en la ciudad catalana, que daría lugar al mayor movimiento de okupaciones urbanas en el Estado español.

El sociólogo y político vasco **Ion Andoni del Amo Castro** hace un repaso a tres momentos clave de la producción y recepción musical en el País Vasco en relación con su historia reciente y la evolución de los movimientos sociales y políticos antagonistas, y con el papel de lo cultural en la construcción de la identidad nacional vasca. Apunta hacia una cuestión que consideramos muy interesante, la de cómo en los años recientes los repertorios musicales de los espacios de resistencia/agregación colectiva/participación política han ido diversificándose, y no solo en Euskal Herria. Parece que ya no fuera tan necesaria la búsqueda de una identidad, de una identificación, y por tanto de una cierta homogeneidad, sino que múltiples y diversos significantes estéticos pueden ser resignificados en términos políticos. Este proceso no se desarrolla, por supuesto, sin resistencias por parte de las inercias anteriores. *Marc Casanovas y Toni García, editores*